

como una virgen funeraria, que llevase en la mano una tenue llama.

*
* *

—¿El señor Mauro Mauri está conforme en casarse con la señorita Iluska Virgili?

—¡Ya lo creo!—respondió.

—Tiene que decir «sí»—corrigió el funcionario. Y repitió la fórmula.

—La señorita Iluska Virgili está conforme en casarse con el señor Mauro Mauri?

Ella calló.

El funcionario reprodujo la pregunta.

—¡Pues sí!—soltó.

—Responda simplemente «sí».

—Sí.

—Firmen—gargarizó el oficial del Registro civil, dándoles la pluma.

Mientras los esposos firmaron, lanzó desde lo alto de su banda tricolor un sostenidísimo «chist», filtrado por entre los dientes, al público inquieto, el acostumbrado publiquito que arrastra su estúpida curiosidad por las salas de los tribunales, por las de las ceremonias nupciales, por las antecámaras de las policlínicas y de los dispensarios de urgencia.

Mauro, en los quince días anteriores, no había visto a ninguno de sus adversarios. La vispera le había llamado el señor Virgili por teléfono.

—¿Usted siempre incommovible? ¿No quiere que vayamos juntos a la alcaldía?

—No.

—¿Nos encontraremos allí?

—Sí.

—¿A las once?

—A las once.

—Con sus testigos, ¿eh?

—Comprendido. Buenos días.

—Un momento—añadió el señor Virgili.—La imprenta que hace las participaciones de enlace se encarga ella misma de mandarlas: yo le he dado ya una lista de parientes y amigos: si usted quiere hacer otro tanto...

—¿Qué imprenta es?

El señor Virgili dió un nombre y una dirección y colgó el auricular. Mauro corrió a la imprenta.

—¿Están ya?

—Todavía no. Pero ¿quién es usted?

—El novio.

Leyó; y después:

—No va. Demasiada literatura. Lo destruye todo. Y escribió cuatro rayas en el dorso de una tarjeta.

—Imprima eso y mándelas.

El día de la boda, cuatrocientas personas recibían este aviso:

Iluska Virgili y Mauro Mauri

Se casan hoy

No se admiten flores y se dispensan

las visitas

Entre dos alas de mendigos Mauro y Mélieta bajaron la escalera de la alcaldía. Seguiales aquella nuez fofa de la tía, y el padre con los dos testigos de la novia. Eran éstos nada menos que un general de la reserva y un profesor de universidad, el célebre Manso Birri, historiador del Extremo Oriente, una verdadera lumbrera de la ciencia, conocido particularmente en Alemania por sus investigaciones históricas sobre la madre de Gengis-Khan. Todo

el mundo sabe que este conquistador mongólico fué hijo de una virgen, que no perdió su virginidad al tenerlo; y tan injusta fama, tan monstruoso error histórico se hubiera perpetuado hasta el fin de los siglos, si el profesor Manso Birri no hubiera escrito sus tres volúmenes, publicados desde Laterza (prólogo de Benedicto Cruz), desmintiendo semejante leyenda.

Los testigos del novio, dos descamisados cogidos en la misma plaza del municipio, se habían ido ya.

Cuando el cortejo estuvo en el zaguán, el brillante portero, lleno de pieles y botones, abrió la portezuela del automóvil. La esposa subió.

Mauro Mauri hizo un gran saludo, atravesó los soportales y se sumergió en la plaza, perdiéndose entre la multitud.

El profesor Manso Birri, testigo de la esposa, se quedó petrificado. Entre las costumbres de los pueblos estudiados durante veinte años, no había visto nunca una ceremonia nupcial terminada con la fuga del marido.

—¡Inaudito!—y se tiró de ambos lados el negro acento circunflejo de sus bigotes merovingios.

Bajó del automóvil, miró la hora en el reloj de níquel asegurado por un cordoncito de seda negra, saludó a la esposa, al padre, a la tía, con una fórmula latina que se apresuró a traducir, y subió gravemente a su cuarto piso, diciendo:

—*Horribile dictu!*

Y como hasta cuando hablaba consigo mismo solía añadir a cada frase bárbara su traducción, exclamó:

—¡Horrible para dicho!

Cogió las sátiras de Horacio, y se hundió en uno de esos sillones que cuando salen a escena en el cuarto acto, dejan adivinar que allí va a reventar el primer actor.

—Los brazos de una mujer serán deliciosos—mur-

muró—pero los brazos de una poltrona son mucho más fieles.

Y leyó.

Para él, acostumbrado a descifrar a los indescifrables autores del Extremo Oriente, la lectura de Horacio, el más *boulevardier* de los poetas latinos, era un alivio del espíritu, en los cuartos de hora de melancolía, como para nosotros examinar a las menores en camisa de las páginas de la *Via Parisienne*.

*
* *

A Mauro Mauri no se le vió más. Uno de los amigos se acercó a su casa, y lo vió ocupado en abrillantar con polvo de esmeril y una piel rugosa el escudo de una tortuga viva.

—¿La abrillantas hasta que quede al descubierto la carne?

—Hasta que quede reluciente como un camisón español.—Y continuó imperturbable su tarea, alejándola de cuando en cuando con el brazo tendido, como para ver mejor el efecto.

—Parece que no le desagrada la operación.

—Es una hembra.

—Las hembras piensan más en la piel que en el alma. Las manchas de la conciencia se quitan más fácilmente que las del coloré.

Mauro le miró a la cara.

—Esa frase es demasiado bonita para ser tuya—le dijo.

—Es de un ironista: Marco Ramperti.

—Me lo figuraba. Bebe.

—¿Qué es?

Leyó en uno de los lados de la botella prismática:

—*Courvoisier, the brandy of Napoleon* (1).

(1) Courvoisier, el aguardiente de Napoleón.

- ¿Y tus peces?
 —Muertos.
 —¿Y tu esposa?
 —Muerta, para mí.
 —¿Por qué no te dejas ver con nosotros?
 —Muerto, para todos.
 —¡Qué animal!
 —Animal hibernal. Saldré el día que pueda ir por la calle con un verdugo obediente a mis órdenes.
 —¿No vamos a verte más en la mesa de *poker*? El juego es un buen narcótico.
 —Es un excitante.
 —Es una esponja de la memoria. ¿Tienes una amante?
 —No. Tengo mujeres.
 —Es lo mismo.
 —Es distinto. Las cuchillas gillette y las mujeres las cambio cada vez que las uso. Bajo a la calle: la primera que encuentre la meto en casa, la pago y la despido.
 —Mujeres que se pagan. ¡Qué horror!
 —¡Prejuicio! ¿Crees que disminuyes la importancia del amor porque lo pagues? Pues si en vez de decirte: «dame diez liras y seré tuya», te pusieran esta condición: «cómprame un retrato del rey y te perteneceré», ¿no te apresurarías a comprarle un retrato del rey, sobre el cual, además, hay esta inscripción: «vale diez liras»?
 —Según eso, el robo no será más que un apropiamiento de fotografías.
 —Si has venido para discutir, ya puedes largarte.
 —No te he pedido una opinión sobre mi carácter.
 —Ni yo te la he pedido del mío.
 —Dime que coja la puerta y...
 —Tenle por dicho.
 No se levantó siquiera para acompañar al amigo. El gorjeo monosilábico de los gorriones lo reclamó hacia la habitación inmediata, que daba a un pequeño jardín. Estaban los de siempre. Los reconoció. A

cada uno le había dado un nombre. Al presentarse él, se elevaron hasta la altura del primer piso, y después de una breve evolución, se pusieron en torno suyo para picotear, siempre gárrulos, las migas que les echaba. Poco a poco fueron acercándose a Mauro, hasta que Pierrot, el más inteligente (¿o el más ingenuo?) comenzó a dar vueltas alrededor de su cabeza, y se le puso en una mano.

Desde los balcones de enfrente los vecinos miraban a aquel santo en pijama. Una criada sacudió una alfombra, y los pájaros volaron.

Volvió a entrar. Al pasar por la cocina cogió con un par de pinzas de plata un tizón rojo. Sobre la mesita morisca yacía una pipa de vidrio de Venecia, provista, en la base, de una pequeña ampolla llena de algodón en rama. Vertió en este algodón unas gotas de perfume, y lo dejó. De una caja de sándalo tomó ciertas hojas, las envolvió en un rectángulo de filigrana de plata, y lo introdujo todo en la pipa, con el tizón.

Aspiró, primero a cortas y luego a largas bocanadas, tendido de un lado y la cabeza echada para atrás, como si soñase.

—¿Qué fumas?

Barrió la habitación con los ojos.

Méllita, de pie ante él, en una niebla gris de un olor pesado, se le aparecía como una visión. Y alucinado por el humo venenoso del beleño, no supo juzgar si se trataba de una sombra o de una mujer.

—¿Opio?

—No—respondió sin moverse.—El opio es literatura exótica para muchachos.

—¿*Hachisch*?

—Literatura decadente para maestrillas histéricas.

—Pues ¿qué es?—e hizo ademán de quitarle de la boca el instrumento aquel de vidrio.

—Una pipa.

Y añadió, riendo como ríen los locos:

—No es otra cosa que una pipa.